

MARÍA SANTÍSIMA, MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA

Mons. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei

Pertenece a la santidad, como elemento característico y necesario, la magnanimidad y, en consecuencia, la liberalidad para difundir y comunicar a otros los propios dones y riquezas. Dios infinitamente Santo y Magnánimo, la Trinidad Santísima, ha querido hacernos partícipes de su vida del modo más conveniente y oportuno.

Y, para ayudarnos a alcanzar tan inmensa felicidad, favoreciéndonos con su gracia y elevando nuestra condición al orden sobrenatural, ha decretado -entre otras señales claras y patentes de su amor- ponernos bajo la protección de quien trajo a Cristo a la tierra: Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra.

La figura de María, su papel en el nacimiento y vida de Jesús -y en el caminar de los cristianos- muestra bien a las claras la predilección y delicadeza con que las tres Personas divinas nos colman de bendiciones. Por eso -¡cómo goza el alma al ponderarlo!-, todas las realidades cristianas en la historia reciben, a partir del Verbo encarnado, de quien esencialmente derivan, un profundo resello mariano.



“Cuanto se refiere a María refulge ante nuestros ojos con esplendor siempre nuevo. No carece de significado ni el más pequeño gesto suyo, rebotante siempre de contenido, por el amor a la voluntad de Dios que encierra”.

Es éste un trazo impreso por el mismo Dios a su Iglesia y, en cuanto tal, un elemento básico de nuestra fe. La centralidad de María en la economía de la salvación, fundada en la de Jesucristo, quedó establecida por Dios al elegirla como Madre del Hijo encarnado y al confiarle, al pie de la Cruz, el cuidado por cada uno de nosotros.

Las verdades sobre la Virgen María son admirables. Por esto, cuanto se refiere a su persona refulge ante nuestros ojos con esplendor siempre nuevo. Los dones sobrenaturales que la embellecen y capacitan para desarrollar su misión, junto a Cristo, a lo largo de la historia de la salvación, constituyen un luminoso faro encendido ante nosotros.

Su tarea cotidiana en Nazaret, sirviendo y conviviendo con su Hijo en compañía de San José; su fidelidad en el momento terrible de la Pasión de Jesús y en las horas que precedieron a la Resurrección; su delicada presencia en los primeros pasos de la comunidad cristiana, se nos muestran como un libro abierto en el que hemos de leer y meditar continuamente. No carece de significado ni el más pequeño gesto suyo, rebotante siempre de contenido, por el amor a la voluntad de Dios que encierra.

Así lo ha entendido la tradición cristiana, jalonada de himnos, cantos e invocaciones marianas. Y, sin embargo, debemos reconocer a la vez que estamos lejos todavía de comprender y descubrir toda la dignidad y grandeza espiritual de esta Señora nuestra.

La Iglesia la venera con afecto filial como Madre amadísima y la considera modelo en la fe, en la esperanza, en la caridad y en todas las demás virtudes. Persuadidos de esta realidad, que tan de cerca

nos concierne, deseamos progresar con fuerza en la "experiencia particular del amor materno de María", que conduce derechamente, como repetía San Josemaría, a encontrar el amor de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

La grandeza de la figura de María

En la Encíclica *Redemptoris Mater*, el Papa Juan Pablo II resumía así uno de los núcleos fundamentales de la fe católica respecto a María: "En virtud de la riqueza de la gracia del Hijo Amado, en razón de los méritos redentores del que sería Hijo suyo, María ha sido preservada de la herencia del pecado original. De esta manera, desde el primer instante de su concepción, es decir, de su existencia, Ella pertenece a Cristo, participa de la gracia salvífica y santificante y de aquel amor que tiene su inicio en el Amado, en el Hijo del eterno Padre, que mediante su encarnación se ha convertido en su propio Hijo".

Colmada de dones celestiales, por encima de los ángeles y de los santos, María posee una plenitud de inocencia y santidad cuyo alcance ninguna inteligencia creada puede agotar. Así es nuestra Madre, así nos gusta contemplarla a sus hijos, adornada de majestad, de dignidad y, simultáneamente, de ternura y sencillez. "Sabemos -comenta San Josemaría- que es un divino secreto"; pero un secreto que enamora y en el que, por tanto, nos agrada y alegra meditar.

Ese "divino secreto" fue anticipado en las primeras páginas del Génesis, cuando Dios anunció, después del pecado original, que pondría enemistad entre la serpiente y la mujer. Y comenzó a desvelarse con las palabras de saludo de Gabriel, el ángel de la Anunciación, a aquella doncella que era desde siempre Amada en el Hijo Amado: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo".

Con espléndida sencillez, con términos que apenas entreabren el horizonte sin manifestarlo aún del todo, inició el mensaje de la salvación su camino definitivo en la tierra. "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo": el plan de nuestra Redención, establecido por la Trinidad para que los hombres pudieran participar, como hijos, en la vida divina, entraba en su momento culminante. En el instante sublime en que resonaron en el corazón de María las palabras del ángel, los designios del Padre comenzaron a desarrollarse plenamente en la historia.

En la santidad de esta Mujer, concebida sin pecado y fiel en todos los pasos de su caminar, se dan a conocer las delicadezas del amor de Dios y las maravillas que puede tocar la libertad cuando el alma se decide a ser fiel. La Virgen es la "obra maestra" de la Trinidad, como afirma el Catecismo de la Iglesia Católica, y es también, para nosotros, el mejor modelo del seguimiento de Cristo. María nos precede y nos supera sin medida; al tiempo que -humilde doncella de Nazaret, "desposada con un varón de nombre José, de la casa de David"- nos anima a asemejarnos a Ella. Porque los cristianos estamos llamados a pertenecer a Cristo, a hacerlo como María y acercándonos a María.

A través de Ella, Dios nos llama a secundar generosamente la misión de Jesús; a contribuir con nuestro personal empeño en la obra que su Hijo, nacido de la Virgen, confió a la Iglesia; a cooperar con fe, esperanza y caridad a la res-



"Desde el primer instante de su concepción, es decir, de su existencia, Ella pertenece a Cristo, participa de la gracia salvífica y santificante y de aquel amor que tiene su inicio en el Amado, en el Hijo"

Juan Pablo II



“En la conducta y en el ejemplo de Santa María, nos reconocemos elegidos desde la eternidad y comprendemos que estamos convocados a ser santos y santificadores en medio del mundo”.

tauración de la vida sobrenatural en las almas; a extender por el mundo el mensaje evangélico de paz, de alegría, de salvación. En la conducta y en el ejemplo de Santa María, nos reconocemos elegidos desde la eternidad y comprendemos que estamos convocados a ser santos y santificadores en medio del mundo, portadores, como Ella, de Cristo y, como Ella, fermento de santidad.

Santidad grande en la existencia cotidiana

La vida de la Virgen, por otra parte, nos enseña que, como escribió San Josemaría, la santidad y la grandeza no tienen por qué manifestarse en "acciones aparatosas, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada (...). Para ser divinos, para endiosarnos, hemos de empezar siendo muy humanos, viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez. Así vivió María. La llena de gracia, la que es objeto de las complacencias de Dios, la que está por encima de los ángeles y de los santos llevó una existencia normal".

Ese es, en efecto, uno de los rasgos esenciales de la existencia terrena de Nuestra Señora y, en consecuencia, de la llamada a una vida santa que desde Ella resuena. Esa es una de las espléndidas y sencillas verdades que se descubren adentrándose en el hogar de Jesús, María y José en Nazaret. Quien busca servir y agradar a Dios puede encontrar a su Creador, Redentor y Santificador en lo corriente, en medio del trabajo cotidiano y de los quehaceres más ordinarios. Es posible -la vida de María lo manifiesta a las claras- estar plenamente inmerso en las ocupaciones de cada jornada y, al mismo tiempo, divinizarlas. Es asequible ser "contemplativos en medio del mundo", mantener un trato muy íntimo con Dios a través de las actividades normales de nuestra jornada.

Para alcanzar esa meta, se hace preciso el esfuerzo de referir la propia conducta a Dios. Si la magnitud del ideal nos acobardara en algún momento, una mirada a la respuesta fiel de la Virgen podrá estimularnos. Por lo demás, no olvidemos que ha quedado como tesoro en nuestras manos, no sólo su testimonio, sino Ella misma, pues reina junto a su Hijo en los cielos y se muestra dispuesta siempre a acudir en nuestra ayuda con su protección y cariño maternales. Apenas la invocamos, y aun antes, María viene en nuestro auxilio, aunque -con increíble frecuencia- su tutela eficaz y afectuosa nos pase inadvertida.

Consideremos también que el camino de la Virgen Santísima -como el de su Hijo- no esquiva la Cruz. El rico sentido de la Cruz salvadora, el reconocimiento del papel que el dolor -asumido con fe y con amor- tiene en la obra de nuestra salvación, está grabado profundamente en la esencia misma de la vocación cristiana. Por eso quedó patente en Santa María, cuya alma, como profetizara el anciano Simeón, fue traspasada por el filo de la espada. No hemos de temer la Cruz, porque allí, si miramos y seguimos a María, descubriremos, como Ella, la alegría que embarga el alma al olvidarse de sí para confiarse al amor redentor de Jesús. Su maternidad, vivida de modo supremo junto a su Hijo en el Calvario, es una invitación -fuerte y delicada- dirigida a todos para que sepamos acompañarla y, acogiéndola como Madre, participar de su entrega por la salvación del mundo.

Adquirir y profundizar en el sentido cristiano de la Cruz, del "tomar cada día la cruz", que Jesús propuso a sus discípulos, constituye un don de la gracia que puede colmar de luz todas nuestras jornadas;

incluso en los momentos que resultan duros y hasta absurdos desde una simple visión humana.

El sentido cristiano de la Cruz se pone especialmente de relieve, sin duda, en las circunstancias graves, penosas o difíciles que los hombres atravesamos; pero ilumina también las circunstancias más corrientes, si nos decidimos a apreciar las pequeñas contradicciones cotidianas, que suponen una ocasión para el amor y para la entrega.

Descubriremos esa rica ventura de la Cruz en el empeño de comprensión y generosidad diarias hacia los demás; en los detalles normales de servicio, aunque cuesten, propios de la convivencia familiar, laboral o social; en la penitencia y el sacrificio, buscados y amados en las ocupaciones habituales; en el testimonio alegre y sencillo de sobriedad, de amor a la pureza santa, de solidaridad con el sufrimiento y las necesidades de todos, en especial de los más débiles; en el alejamiento de toda ocasión de pecado, en la huida de la tentación, y en la rápida vuelta a Dios por la conversión, a través de la Confesión sacramental.

María se nos presenta -ha señalado Juan Pablo II- como luz y ayuda especiales para volver a la casa del Padre, para recorrer el camino que, desde el arrepentimiento por el pecado, conduce a la alegría de saber-nos hijos de Dios.

El Espíritu Santo sugiere otras muchas cosas a quienes de verdad se esfuerzan por seguir a diario, como la Virgen Santa, los pasos del Redentor. Porque, no lo olvidemos, María, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa y Templo de Dios Espíritu Santo, va por delante en el camino del seguimiento fiel de Jesús. Resulta siempre fácil poner la mirada en Ella, saborear su respuesta afirmativa y constante, e imitarla con fe.



La vía hacia la santidad, que forma una sola cosa con la imitación y la identificación con Cristo, discurre así por la senda del amor y del trato filial con la Virgen, que está presente "en todo y para todo", como le gustaba decir a mi predecesor como Prelado del Opus Dei, Mons. Álvaro del Portillo. La certeza de saberla interesada en cualquier afán nuestro, y el empeño por acudir a Ella constantemente, es una luz de fondo que ilumina la vida de los hijos de Dios.

¡Qué alegría y qué seguridad causa en el alma el convencimiento de que, como hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, somos también hijos de María! Y al no existir ningún otro acceso a la santidad - conviene recordarlo de nuevo- fuera del que pasa y se detiene junto a la Cruz de Jesucristo, resulta muy lógico que, reconociendo nuestra personal debilidad, nos dirijamos ahora y siempre a la Señora con plena confianza y con sentido de conversión. "Madre mía (...), que tu amor me ate a la Cruz de tu Hijo: que no me falte la Fe, ni la valentía, ni la audacia para cumplir la voluntad de nuestro Jesús", escribió San Josemaría Escrivá de Balaguer en Camino.

He aquí, a través de la iluminación y las lecciones preciosas de nuestra Madre, el nervio profundo de la existencia cristiana. Sólo con Ella y apoyados en Ella podremos, como pide la liturgia de la Iglesia en la fiesta de la Virgen del Carmen, "llegar al Monte que es Cristo".